

RADIOGRAFIA DE LA CIUDAD

La Calle de NEPTUNO

Por GERARDO DEL VALLE

AUNQUE cada día la calle Neptuno se remozca, se moderniza, se cosmopoliza, aumentando la movilidad de sus cinematográficos desfiles humanos, no pretende arrebatarle el cetro de minoritario aristocratismo a su paralela hermana, San Rafael, que vive su remanso de nobleza en el pequeño tramo de unas cuerdas, sin anhelos de ir más adelante, sin pasar de Galiano.

Como cada calle, Neptuno se ha creado su personalidad inconfundible, que estiliza en su evolución ascendente de rascacielos, escaparates y exotismos comerciales; continuará como es, haciendo honor a su nombre que ni la excelsa gloria de haber sido condecorada con la espiritualidad de Juan Clemente Zenea, desviará en sus flujos y reflujos de inquietudes urbanas; nueva cada cinco minutos, eternamente inédita, como del mar dijera Gabriela Mistral.

Ese nombre definitivo de Neptuno nada ni nadie podrá arrancarle, porque lo ganó en un genuino bautizo de pila bautismal. Veamos ese origen oceánico, con la historia en la mano.

El primer homenaje que La Habana, ribereña y portuaria, rindió al dios de las aguas

tuvo efecto, es verdad, en la convergencia de varias vías; pero fué esta calle la que renunció a sus primitivos patronímicos para engarzarse honrosa y orgullosamente el de Neptuno. En la parte sur de la Alameda de Extramuros (hoy Paseo del Prado o de Martí), en el centro de una plazoleta arbolada y sombreada, hacia el frente de las calles de Santa Bárbara o Argel (hoy San Miguel o General Suárez) y a la de San Antonio o Placentera — esta era la denominación inicial de nuestra vía — se instaló la primera fuente de Neptuno en la ciudad y Neptuno fué desde entonces y lo será por siglos. Inició la obra el teniente general Don Luis de las Casas y Aragón, gobernador de Cuba, y la terminó e inauguró el que le siguió en el mando, el también teniente general Don Juan Procopio de Bassecourt, Conde de Santa Clara... y una docena de nombres más y de títulos...

Aquella fuente no era, en verdad, una gran cosa por su tamaño y mediocridad: pieza de mala fundición sobre un pedestal de mármol emulando riscos sobre la que aparecía el dios con su inseparable tridente en la mano derecha; cerca había otras fuentecillas: la de los Tres Leones y la de Los Genios...

Pocas calles se resignan al cambio como se resignó, con entusiasmo, la antigua San Antonio o Placentera para adoptar este de Neptuno.

Comienza en una plazoleta y termina, también, en una explanada amplia que también podría

llamarse así: en la calle Monserate, frente a Progreso y termina en Mazón, junto a la Universidad Nacional; dos edificios monumentales le sirven de pun-

to de partida: la Manzana de Gómez y el Hotel Plaza, ocupando ambos la cuadra completa que llega a Zulueta; de ahí, eliminada su izquierda urbanizada,

enhebra en su collar un trozo del Parque Central, ensancha su cuerpo y sobre lo que podrían ser sus rodillas torneadas, a la derecha, tira la línea maravillosa

y perspectiva del amplio salón de los laureles del Paseo de Martí, que es ahí donde comienza, porque del Parque, hacia la izquierda, pertenece por la al-

quimia arquitectónica a otros ornatismos...

Después del Prado, sale al encuentro de la calle una nueva plazoleta: la que converge con la

calle Consulado, por la que afluyen en bajada varias líneas de tranvía y un "chorro de máquinas parquean y giran para entonar por la vía tridenticia; des-

pués, Industria, Amistad y Aguililla: hervidero de transferencias tranviarias y guaguísticas; en esa esquina se demolió una iglesia y en el espacio nostálgico se delinean diversos proyectos: un teatro, un café, una tienda, un edificio de apartamentos de veinte pisos; llega Neptuno a Galiano y acopla en su perspectiva el costado de un moderno hervidero de fracciones de casas, vulgo apartamentos; en él, dos grandes teatros, han dejado para nuestra calle la entrada democrática, la "tertulia", como si ello fuese a disminuir su prestigio popular; en el amplio portal con un restaurante americano y una babel de dulces y chicles, hay perennemente una estupenda variedad de bellezas y edades femeninas y de donjuanes "es-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2)

quineros" que simulan esperar el ómnibus o tranvía... y a veces, tras unas torneadas piernas o un torso altivo, o una sonrisa prometedora se lanzan al estrujamiento que significa ascender a un vehículo popular en ese sitio; como dijimos, San Rafael acaba simbólicamente en Galiano; pero Neptuno está continuando con sus gentios, sus exotismos, sus modalidades cambiantes hasta Belascoaín y no se ha limitado: su ideal comercial es abarcarla, de plazoleta a plazoleta; para acudir a todos los suburbios, en guagua o tranvía, hay que pasar por Neptuno; cada esquina tiene su multitud que espera y parece no desespera horas y horas, porque los vehículos no dejan siquiera un punto en sus puertas enracimadas de hombres y mujeres presurosas.

M, en 30/49



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA